

# MITOS Y REPRESENTACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Editores

**Gastón Becerra | Joaquín Mezzadra | Guillermo Movia**



# “La IA es objetiva, neutral o imparcial”. ¿Qué nos jugamos cuando creemos que la IA no se equivoca?

Karina Núñez

## ¿Dónde depositamos la fe?

Hay ideas que se vuelven cómodas porque ofrecen alivio. En tiempos de incertidumbre, sobreinformación, vínculos fragmentados y decisiones difíciles, creer que una máquina puede decirnos la verdad sin dudar, sin error, sin tomar partido, resulta profundamente tranquilizador. El mito de que la IA es objetiva, neutral o imparcial se sostiene sobre esa necesidad humana de certezas: la fantasía de que existe algo —alguien, aunque sea no humano— que pueda ver las cosas “como realmente son”.

La cultura contemporánea tiende a mirar la subjetividad como una debilidad. Se la asocia con la emoción, el error, el sesgo, la contradicción. En cambio, la objetividad es presentada como garantía de justicia, de verdad, de limpieza moral. En ese imaginario, la IA aparece como una entidad sin cuerpo, sin historia, sin intereses: una suerte de juez matemático que no se deja afectar. Las imágenes que nos vienen a la cabeza lo dicen todo: una balanza perfectamente equilibrada, un robot que no pestañea, un algoritmo que “sabe” sin sentir.

Como señala Broussard (2023), la fe en la supuesta imparcialidad de la tecnología es una forma moderna de confiar en la técnica como solución a problemas humanos profundamente sociales. Esta narrativa no circula solo en laboratorios o congresos técnicos. Se cuele en las aulas, en las consultas clínicas, en los discursos políticos. Cuando un docente dice que va a usar IA para “corregir sin sesgos”, cuando un paciente pregunta si una aplicación puede “decirle si tiene ansiedad”, cuando un político sugiere que los jueces sean reemplazados por algoritmos, no están hablando solo de tecnología: están poniendo en juego una idea profundamente cultural. La de que el juicio humano es sospechoso y que una máquina podría ocupar su lugar con mayor justicia.

Este mito ha sido sostenido por figuras públicas de distintos ámbitos. Desde CEOs como Sam Altman o Elon Musk, que presentan a la IA como una fuerza neutral capaz de “resolver” los grandes problemas globales, hasta instituciones gubernamentales que confían tareas sensibles a sistemas automatizados como si fueran ajenos al error o al contexto. Como advierten Popenici y Kerr (2017), esta

“La IA es objetiva, neutral o imparcial”. ¿Qué nos jugamos cuando creemos que la IA no se equivoca?

confianza desmedida puede llevar a invisibilizar tanto los sesgos como las relaciones de poder que habitan detrás de cada modelo algorítmico.

Pero también, y quizás de manera más invisible, lo sostenemos nosotros. Cada vez que le damos más valor a una respuesta generada por una IA que a una intuición, una experiencia o una conversación con otro humano. Cada vez que delegamos en la máquina la función de decidir, diagnosticar o corregir sin preguntarnos qué subjetividades están inscriptas en su arquitectura. Porque, como sugiere Noble (2018), los algoritmos no son neutrales, sino que reproducen las estructuras sociales, los estereotipos y las desigualdades de los contextos en los que fueron diseñados.

## **El deseo de una verdad que no duela**

Crear que la IA es objetiva, neutral o imparcial responde a algo más profundo que una cuestión técnica: responde a un deseo. El deseo de que exista una verdad definitiva, libre de conflicto, ajena al cuerpo, a las emociones y a la historia. En ese sentido, el mito no es solo una representación ingenua o desinformada: es una fantasía moderna de salvación, que coloca en lo técnico la esperanza de lo justo.

Este mito bloquea discusiones urgentes. Por ejemplo, invisibiliza que toda decisión algorítmica es también una decisión humana: alguien eligió los datos de entrenamiento, alguien programó los criterios de evaluación, alguien decidió qué significaba “justo” en ese contexto. Al presentar la IA como si “hablara por sí sola”, se diluye la responsabilidad ética y política de quienes la diseñan, la implementan o la legitiman (O’Neil, 2016).

También simplifica una tensión que la filosofía y las ciencias sociales llevan años discutiendo: la supuesta oposición entre subjetividad y objetividad. Como señala Haraway (1988), no existe mirada sin punto de vista; incluso la ciencia, en sus mejores versiones, trabaja desde lo que ella llama “conocimiento situado”. En cambio, cuando pensamos la IA como una especie de ojo absoluto, sin cuerpo ni sesgos, estamos recreando un viejo ideal positivista que hoy ya no se sostiene ni siquiera en las ciencias duras.

Este mito está sostenido por conceptos abstractos que no son unívocos, pero se usan como si lo fueran. Por ejemplo:

- **Objetividad:** En lugar de pensarse como un proceso intersubjetivo de validación y revisión colectiva (Longino, 1990), se la asocia erróneamente con neutralidad emocional o distancia afectiva.

- Neutralidad: Se interpreta como “ausencia de posicionamiento”, cuando muchas veces implica una forma de no hacerse cargo de los efectos.
- Imparcialidad: Se confunde con automatismo, cuando en realidad implica un trabajo activo por suspender prejuicios, algo que requiere consciencia y contexto.

Todas estas ideas tienen historia, tienen disputa, y tienen versiones más complejas que las que propone el mito. Como sostienen Baker y Hawn (2022), la objetividad atribuida a sistemas automáticos de evaluación escolar desconoce las trayectorias, contextos y experiencias de vida de los estudiantes. Muchos docentes consideran “objetivo” a un sistema que corrige exámenes sin saber si ese alumno tuvo conectividad, miedo, hambre o duelo. ¿Dónde está, entonces, la imparcialidad?

## Lo que se oculta detrás del algoritmo

Crear que la IA es objetiva tiene consecuencias concretas: borra a los actores humanos que toman decisiones, naturaliza estructuras de poder y oculta desigualdades. Porque si una decisión es “de la máquina”, parece no tener autor, ni historia, ni responsabilidad. Pero la IA no existe en el vacío: es producto de sistemas sociales, políticos y económicos que definen quién diseña, con qué datos, bajo qué fines y para qué poblaciones.

Este mito se sostiene porque beneficia a ciertos actores. Las grandes empresas tecnológicas, por ejemplo, promueven una visión de la IA como “más justa” que los humanos. En realidad, lo que buscan muchas veces es legitimidad social para expandir su alcance, reducir costos laborales o captar mercados públicos como el educativo, el judicial o el sanitario (Broussard, 2023). La idea de “objetividad” les sirve: limpia de sospecha a sus sistemas, los presenta como neutrales, cuando en realidad reproducen los valores de quienes los diseñan y entrenan.

Muchos organismos e instituciones refuerzan esta narrativa. Delegar decisiones a sistemas automatizados —como ocurre en procesos de selección de personal, asignación de beneficios o predicción de riesgos— les permite exhibir eficiencia, minimizar conflictos y evadir responsabilidades. Si un algoritmo excluye a alguien, ya no hay que dar explicaciones políticas ni jurídicas: se lo presenta como una consecuencia “técnica”.

Pero quizás lo más complejo es que también las personas comunes sostenemos el mito. Docentes que creen que una IA corrige con más justicia, pacientes que consideran “objetiva” la evaluación emocional de una app, estudiantes que aceptan sin cuestionar una nota generada por un sistema. En

“La IA es objetiva, neutral o imparcial”. ¿Qué nos jugamos cuando creemos que la IA no se equivoca?

contextos de sobrecarga, presión y falta de tiempo, la idea de delegar el juicio a una tecnología “imparcial” es tentadora. Aunque ese juicio esté vacío de empatía o contexto.

El resultado es una sociedad que empieza a entregar sus decisiones más sensibles a sistemas que no pueden rendir cuentas, ni considerar las historias singulares detrás de cada caso. Una sociedad que confunde automatismo con justicia y que termina consolidando desigualdades históricas con la legitimidad de lo técnico.

Como advierte la Unesco (2021), si no se introducen mecanismos éticos y participativos, la IA no solo no corrige los sesgos existentes, sino que los amplifica. Por eso es tan importante que la crítica no venga solo desde los márgenes académicos o activistas. También tiene que surgir desde nuestras prácticas cotidianas. Preguntarnos qué decisiones estamos cediendo. Qué mirada estamos dejando de ejercer. Y si estamos dispuestos a aceptar una sociedad donde lo “correcto” ya no se discute, porque lo decidió una máquina.

## **Cuando la técnica reemplaza al juicio**

El mito de que la IA es objetiva no solo habla de algoritmos: habla de la sociedad que estamos construyendo. Una sociedad que delega sus decisiones más delicadas a sistemas automatizados parece, en apariencia, más eficiente. Pero también se vuelve más vertical, menos humana y menos crítica. Como si el juicio, esa capacidad profundamente humana de pensar en contexto, de considerar lo singular, de asumir responsabilidad, pudiera ser sustituido por una fórmula.

Desde la sociología, esta transformación puede pensarse como parte de un proceso más amplio. Max Weber, a comienzos del siglo XX, advertía sobre los riesgos de una sociedad gobernada por la racionalidad instrumental: una lógica donde los medios técnicos se autonomizan respecto de los fines, y donde el criterio de eficiencia desplaza al juicio ético.

En su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1984), Weber describe este proceso como una “jaula de hierro”, en la que las estructuras burocráticas toman decisiones no porque sean justas, sino porque “así corresponde”. Hoy podríamos decir que esa jaula ya no es de hierro, sino de código. Y que cuando confiamos en la IA para resolver problemas humanos complejos, corremos el riesgo de sacrificar el juicio moral en nombre de la automatización.

Michel Foucault, por su parte, nos ayuda a entender cómo los discursos que se presentan como neutros y técnicos pueden convertirse en dispositivos de poder. En *Microfísica del poder* (1991), Foucault advierte que el poder moderno no se impone

solo desde lo alto, sino que circula en lo cotidiano, en los saberes validados, en las verdades incuestionadas.

La IA, al mostrarse como objetiva, no solo oculta sus condiciones de producción: naturaliza desigualdades y produce nuevas formas de control. Si un sistema decide que alguien no accede a un trabajo, a un beneficio o a un diagnóstico, y esa decisión se ampara en un “modelo”, ¿quién puede discutirla? ¿Dónde quedó el espacio para la resistencia, para el reclamo, para el disenso?

Lo que se da por supuesto hoy es que la IA “sabe”. Que su mirada es más confiable que la nuestra. Que sus decisiones son menos arbitrarias. Ese poder funciona porque no se presenta como poder, sino como verdad. Y ahí radica su peligro: la ilusión de objetividad desactiva el conflicto, clausura el diálogo y suprime la posibilidad de disputa.

Volver a mirar críticamente estos mitos es, entonces, una forma de resistencia. No para rechazar la tecnología, sino para recuperar la posibilidad de decidir qué tipo de sociedad queremos construir con ella. Una sociedad en la que los datos no silencien las voces, en la que lo técnico no borre lo político y en la que el juicio humano no se considere una falla, sino una herramienta insustituible.

## **Lo que revelan los datos (y lo que aún se oculta)**

La evidencia empírica acumulada en los últimos años desarma el mito de que la inteligencia artificial es objetiva, neutral o imparcial. No se trata solo de una crítica teórica: investigaciones provenientes de múltiples disciplinas han demostrado cómo los sistemas algorítmicos no solo reproducen, sino que muchas veces intensifican desigualdades estructurales preexistentes.

Uno de los casos paradigmáticos es el del sistema COMPAS, utilizado en el sistema judicial estadounidense para estimar la probabilidad de reincidencia criminal. Un informe de ProPublica (2016) reveló que dicho algoritmo asignaba un riesgo significativamente mayor a personas negras en comparación con personas blancas con antecedentes penales similares.

Lo más preocupante no era solo el sesgo en los resultados, sino que el sistema se presentaba como una herramienta técnica, supuestamente “objetiva”, que contribuía a decisiones judiciales sin espacio para el disenso. Como advierte O’Neil (2016), esta ilusión de neutralidad vuelve a los algoritmos inmunes a la crítica, incluso cuando sus fallas afectan vidas concretas.

En el campo de la salud, Malerbi et al. (2023) identificaron riesgos similares: numerosos modelos de IA médica se entrenan con bases de datos que subrepresentan a mujeres, niños y personas no caucásicas. Esto tiene consecuencias directas en la precisión diagnóstica y en la equidad del tratamiento médico. Lo que

“La IA es objetiva, neutral o imparcial”. ¿Qué nos jugamos cuando creemos que la IA no se equivoca?

se presenta como una “falla técnica” no es inocente: es el reflejo de cuerpos y subjetividades históricamente invisibilizadas, ahora replicadas en arquitecturas computacionales.

En el ámbito educativo, investigaciones como la de Imran y Almusharraf (2023) muestran cómo la incorporación de modelos como ChatGPT en la enseñanza genera falsas expectativas de objetividad. Tanto docentes como estudiantes tienden a asumir que las respuestas generadas por IA están libres de sesgos o errores, cuando en realidad reflejan los datos y valores que fueron programados en su diseño.

Baker y Hawn (2022), por su parte, advierten que el uso de sistemas automatizados en procesos de evaluación puede desconocer las trayectorias, singularidades y dificultades personales de cada estudiante, dando lugar a una pedagogía descontextualizada y profundamente inequitativa.

Incluso organismos internacionales como la Unesco (2021) reconocen que los sistemas de IA están lejos de ser imparciales por defecto. En su “Recomendación sobre la Ética de la Inteligencia Artificial”, subrayan que sin regulaciones claras, mecanismos de supervisión crítica y principios de justicia algorítmica, estas herramientas pueden agravar las brechas sociales en lugar de reducirlas.

El AI Now Institute (2020) sostiene la misma línea, proponiendo auditorías externas, transparencia obligatoria y participación ciudadana como requisitos fundamentales para construir tecnologías verdaderamente éticas.

Ahora bien, también es necesario mirar críticamente los propios datos. Gran parte de las investigaciones provienen de países del primer mundo, con tecnologías y condiciones institucionales que no siempre se corresponden con realidades como las latinoamericanas. Además, muchos estudios se centran en métodos cuantitativos que no alcanzan a captar la experiencia subjetiva de los usuarios, sus emociones, resistencias y prácticas cotidianas.

Aun así, el consenso académico es claro: la IA no es objetiva por naturaleza, y sostener ese supuesto sin cuestionarlo puede ser, en el mejor de los casos, ingenuo, y en el peor, éticamente peligroso.

## Conclusiones

La IA no es neutral, no es imparcial y, definitivamente, no es objetiva. Pero eso no significa que no sea poderosa. Lo es. Su capacidad para procesar grandes volúmenes de información, generar respuestas complejas y asistir en múltiples tareas la convierte en una herramienta valiosa. Sin embargo, confundir esa potencia con justicia, esa velocidad con equidad, o esa funcionalidad con verdad, es una trampa.

El mito de la IA como entidad objetiva funciona porque promete alivio: un mundo donde las decisiones difíciles ya no las tome nadie, porque ya las tomó “el sistema”. Promete precisión, eficiencia y corrección. Pero lo que no dice es a costa de qué: a costa del juicio humano, del disenso, de la posibilidad de decir que no.

Como mostramos a lo largo de este análisis, no hay algoritmo sin contexto, ni decisión automática sin política. Los sesgos no son errores aislados, sino reflejo de estructuras sociales y culturales que la IA no solo no corrige, sino que repite y amplifica. Y lo hace con la apariencia de verdad.

La pregunta no es si la IA puede ser justa, sino si estamos dispuestos como sociedad a construirla así. ¿Vamos a dejar que siga reproduciendo lógicas de exclusión en nombre de la eficiencia? ¿O vamos a exigir participación, revisión, transparencia y equidad?

Desarmar este mito no implica rechazar la tecnología, sino reivindicar nuestra responsabilidad colectiva. La IA puede ser una gran aliada, pero solo si no le otorgamos un poder que no le corresponde. Porque el problema no es la máquina, sino los valores que decidimos programar en ella, y las verdades que estamos dispuestas a dejar de discutir. Porque lo que está en juego no es la eficiencia de los sistemas, sino la forma en que decidimos vivir, relacionarnos y ejercer el poder.

\*\*\*

Para la elaboración de este trabajo utilicé diversas herramientas de inteligencia artificial generativa, principalmente ChatGPT. Lo hice de forma activa, no como usuaria pasiva que “le pide que le escriba algo”, sino como alguien que dialoga con la tecnología para pensar, cuestionar y producir. Usé el modelo para organizar ideas, plantear contrapuntos, encontrar autores recientes, revisar citas en normas APA 7 y pulir el tono del texto. No delegué la escritura, sino que me serví de la IA como herramienta de acompañamiento, sabiendo que la voz final debía ser mía.

Desde el inicio asumí una postura crítica. Si el trabajo trataba justamente sobre el mito de la objetividad de la IA, no podía usar estas tecnologías sin estar atenta a sus propios sesgos. Por ejemplo, detecté que muchas de las respuestas que ofrecía el modelo tendían a simplificar el conflicto o a sobreidealizar el uso de la IA en contextos educativos o clínicos.

También noté que cuando le pedía información sobre autores, muchas veces ofrecía nombres inventados o citas inexactas. En esos casos, tuve que contrastar y validar todo lo que decidí incluir.

Mi experiencia confirma lo que intento mostrar a lo largo del trabajo: la IA puede ser útil, pero no es objetiva, ni imparcial, ni neutra. Me ayudó a encontrar formulaciones más precisas, a pensar desde otro ángulo, incluso a poner en palabras

“La IA es objetiva, neutral o imparcial”. ¿Qué nos jugamos cuando creemos que la IA no se equivoca?

cosas que ya venía intuyendo. Pero si no hubiese ejercido una lectura activa y reflexiva sobre cada respuesta, el texto no me hubiese representado en absoluto.

Por eso creo que estas herramientas, bien utilizadas, pueden enriquecer el proceso de escritura y pensamiento. Pero nunca reemplazarlo. El verdadero desafío no es usar IA, sino saber qué hacer con lo que nos da. Y tener siempre presente que la última decisión ética, política o pedagógica sigue siendo humana.

## Referencias

- AI Now Institute. (2020). *Algorithmic accountability policy toolkit*. <https://ainowinstitute.org>
- Baker, R. y Hawn, A. (2022). Ethical considerations in automated student assessment systems. *Journal of Educational Technology Research and Development*, 70(4), 987-1004.
- Broussard, M. (2023). *More than a glitch: Confronting race, gender, and ability bias in tech*. The MIT Press.
- Foucault, M. (1991). *Microfísica del poder*. Ediciones La Piqueta.
- Imran, M. y Almusharraf, N. (2023). *ChatGPT in education: Opportunities, concerns, and the need for critical awareness*. AI and Ethics.
- Malerbi, F. K. et al. (2023). Bias in AI-based medical diagnosis: A systematic review. *Journal of Biomedical Informatics*, 139, 104300.
- Noble, S. U. (2018). *Algorithms of oppression: How search engines reinforce racism*. NYU Press.
- O'Neil, C. (2016). *Weapons of math destruction: How big data increases inequality and threatens democracy*. Crown Publishing Group.
- Popenici, S. y Kerr, S. (2017). Exploring the impact of artificial intelligence on teaching and learning in higher education. *Research and Practice in Technology Enhanced Learning*, 12(1), 1-13. <https://telrp.springeropen.com/articles/10.1186/s41039-017-0062-8>

ProPublica (2016). *Machine bias*. <https://www.propublica.org/article/machine-bias-risk-assessments-in-criminal-sentencing>

Unesco (2021). *Recommendation on the ethics of artificial intelligence*. <https://www.unesco.org/en/articles/recommendation-ethics-artificial-intelligence>

Weber, M. (1984). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Editorial Península.